I. Reforma agraria para el subdesarrollo

Por Ramón MARTÍNEZ ESCAMILLA

El agrarismo y la reforma agraria mexicanos son el resultado de un proceso socioeconómico y político secular, en el cual se ha conjugado la militancia de la estructura en su conjunto, en presencia de una superestructura en general despegada del contexto de la realidad nacional.

El proceso se ha venido manifestando desde la época colonial hasta nuestros días como una lucha que se desencadena por lo menos en dos frentes fundamentales: por una parte un primer gran frente de choque entre las aspiraciones, posibilidades y perspectivas y los obstáculos y problemas por conquistar para la sociedad agraria, para el México rural, las condiciones que lo pongan en pie como una categoría política con vida y características propias; como una categoría histórica en sí y para sí. Por la otra parte, un segundo frente, igualmente decisivo, establecido entre las aspiraciones, posibilidades y perspectivas, y los obstáculos y problemas nacientes de un desarrollo histórico que reclamó, desde entonces, la libre circulación mercantil de tierras y hombres en tanto fuerzas productivas, en tanto factores de la producción de un sistema que, basándose en la explotación de ambos, ha pretendido superar la etapa eminentemente agropecuaria.

El género y destino de la acumulación a que dio lugar la aplicación de hombres y tierras al proceso productivo global plantó la imposición de formas de explotación, que vinieron configurando el tipo cambiante de relaciones sociales reclamado por un sistema productivo orientado hacia la expansión mundial del mercado, y desarrollando las normas que garantizaran la permanencia del sistema interno cualitativamente igual a sí mismo.

El carácter subordinado y dependiente con que éste nació y se vino desarrollando históricamente, creó las bases necesarias para que frente a las condiciones de un permanente atraso estructural fueran puestas en planta las líneas generales de una superestructura trasplantada mecánica y sucesivamente del capitalismo mercantil, del capitalismo industrial, y del imperialismo de Europa y Norteamérica, dando lugar a una profunda separación entre la cambiante estructura agraria, el pensamiento agrarista y la política, la legislación y de-
más formas de acción del estado en esta materia, y dejando al campesinado mexicano en calidad de simple víctima de todo el proceso.

La impotente preocupación de los monarcas españoles por convertir a los indígenas en "gentes de razón" a través de la sustitución de la tierra comunal y su conversión a la condición servil; la lucha de Hidalgo por la distribución de la tierra a los indígenas y por el restablecimiento de la propiedad de las comunidades; la miliciana de Morelos por moderar la opulencia y la indigencia; el grito indignado de algunos liberales por las vergonzosas especulaciones con el fruto del trabajo indígena; el proceso desencadenado por la Ley de Desamortización de 1856; los pronunciamientos agrarios de Julio López en 1868 y de Diego Hernández y Luis Lina en 1879 proclamando la guerra a los ricos y el reparto de tierras a los indígenas que ganían bajo la opresión tiránica de las haciendas, y el agrarismo zapatista que pugnaba por la restitución de las tierras a los pueblos originalmente propietarios, quedaron reducidos a una reforma agraria que no pudo pasar, hasta nuestros días, de un simple reparto microfundista, creador de la estructura necesaria para mantener al campesinado mexicano en la condición de mano de obra disponible para el desarrollo del capital en la industria, el comercio y los servicios.

En un mundo cuyas prioridades fundamentales son establecidas por el mecanismo del mercado, orientado y ejercido ya oligárquicamente, las normas del desarrollo que para seguridad de quienes dirigen el proceso deben cumplirse, establecen que el desarrollo agrícola se caracteriza en una primera etapa por el hecho de que el crecimiento del producto agrícola va acompañado del crecimiento de todos los factores productivos: tierra, fuerza de trabajo y capital. En una segunda etapa sigue creciendo la tierra y el capital mientras la fuerza de trabajo crece a ritmo menor hasta que se detiene por completo. En una tercera etapa ésta disminuye, la tierra crece a tasas cada vez menores y el capital viene reemplazando a ambas; y en la etapa final también la tierra decrece y los aumentos posteriores del producto agrícola se basan en una mayor capitalización. Tal es el postulado central en el estudio del Centro de Investigaciones Agrarias.

**Indicadores del desarrollo espectacular**

El desarrollo del sector agrícola de México, se sostiene, "ha sido espectacular"; su crecimiento ha sido uno de los más elevados del mundo en cuanto a su tasa a largo plazo (4.4 por ciento anual a precios constantes) en 1910, 56.825 haciendas concentraban la tierra, en 1960 ya contaba el país con 2.800.000 unidades agrícolas que para 1969 se estaban ya en 3.200.000; de 1915 a 1969 se reportaron más de 75 millones de hectáreas entre 2.8 millones de campesinos, sólo de 1940 a 1966 el producto agrícola creció de 2.993 a 11.011 millones de pesos; al desarrollo contribuyeron las grandes obras de infraestructura agrícola, que hicieron que la productividad por hectárea se duplicara de 1925 a 1962; el capital privado en la agricultura aumentó entre 1940 y 1960 a una tasa de 4.5 por ciento anual y la inversión pública en obras de riego aumentó a una tasa de 6.5 por ciento quintuplicando el valor acumulado de las mismas, sólo en las dos décadas citadas.

He aquí un resumen revelador del grado de desarrollo observado en los principales cultivos:

<table>
<thead>
<tr>
<th>Árboles May</th>
<th>Frutal</th>
<th>Trigo</th>
<th>Algodón</th>
<th>Ceiba</th>
<th>Caf</th>
<th>Míles de has. destinadas a cada cultivo</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1927</td>
<td>2.250</td>
<td>880</td>
<td>508</td>
<td>190</td>
<td>47.4</td>
<td>100</td>
</tr>
<tr>
<td>1963</td>
<td>7.050</td>
<td>1.791</td>
<td>817</td>
<td>815</td>
<td>368.0</td>
<td>313</td>
</tr>
</tbody>
</table>

<table>
<thead>
<tr>
<th>Rendimientos (kg./ha.)</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1927</td>
</tr>
<tr>
<td>1963</td>
</tr>
</tbody>
</table>

<table>
<thead>
<tr>
<th>Producción de toneladas</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1927</td>
</tr>
<tr>
<td>1963</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Y si éste ha sido, al menos en sus más gruesos indicadores, el desarrollo agrícola que ha sido capaz de aportar la reforma agraria mexicana, ¿qué fenómenos han estado presentes para hacer que la población económicamente activa por predio censo se haya elevado, contra lo que establecen las normas teóricas del desarrollo capitalista, de 1.59 efectivos en 1940, a 1.89 en 1950 y a 2.27 en 1960? ¿Qué sentido y en qué rango le ha sido impuesto a la reforma agraria mexicana ese sentido, si la condición para que la norma teórica capitalista co-

---

1 Véase tomo I, capítulo IV, pp. 569 y 570.
2 Véase tomo I, capítulo II, pp. 266.
3 Véase tomo III, capítulo XIV, pp. XIV-5.
4 Véase tomo I, capítulo I, pp. 85 y 86.
5 Véase tomo I, capítulo II, p. 238.
6 Véase capítulo II, pp. 131-137.
7 Véase tomo I, capítulo IV, p. 356.
mienza a cumplirse dentro de 10 ó 12 años radica en elevar desde ahora la tasa de formación de empleo en la industria, el comercio y los servicios de 0.5 por ciento. Un saludable desarrollo capitalista, según el estudio del CREA, debiera ser capaz de liberar aceleradamente mano de obra campesina como consecuencia de la acelerada elevación de la productividad por hombre ocupado; por qué la proporción entre la productividad de un hombre ocupado en sectores no agrícolas y la de uno ocupado en el sector agrícola ha sido de 6.5 a 1 en 1940 y ha disminuido sólo a 5.9 a 1 en 1960.12 Por último, ¿a qué ha obedecido el hecho de que no obstante el «spectacular desarrollo agrícola, con todo y su revolución verde, el número de calorías diarias per cápita de los mexicanos se ha mantenido muy por debajo de las 3000 que recomienda la FAO como satisfactorias, y el de proteínas sólo se elevó de 53 a 67 gramos diarios per cápita de 1934 a 1960; es decir, en más de un cuarto de siglo? 

Antes de forzarse en estas cuestiones no hay que olvidar que de 1940 a 1960 los presidentes de México firmaron resoluciones agrarias equivalentes a más de 22 millones y medio de hectáreas repartidas entre más de medio millón de individuos;13 tampoco hay que perder de vista la observación de que si por cualquier motivo los sectores no agrícolas pierden el dinamismo observado y en lugar de aumentar reducen en 0.5 por ciento su tasa de incremento en la formación de empleo no agrícola, el fenómeno de la reducción en el sector agrícola tomaría 40 años en iniciarse y para cuando esto tuviera lugar, la fuerza de trabajo en la agricultura se habría duplicado y sus efectos sobre la ocupación y el ingreso serían desastrosos.14 Como no hay que despreciar el que los propios autores del estudio convenjan en que de lograrse entre 1961 y 1975 un incremento de la producción animal de 3.9 por ciento y descontando el crecimiento demográfico de 3.5 por ciento, quedaría un aumento de 0.4 por ciento per cápita de productos animales que si bien refleja el ritmo del progreso económico a nivel nacional, desde el lado de las grandes masas de la población que aún no llegan al nivel de nutrición considerado como mínimo, avanzar 0.4 por ciento año implica que tardarán 100 años en llegar a ese mínimo.15 Por último, para tener idea del alcance de las observaciones arriba acentuadas, vale la pena tener presente que paralelamente con la economía norteamericana, la de México ha entrado

en un franco receso que sólo algunos funcionarios públicos se empeñan en desovertir o en calificar como una coyuntura saludable. Ahora bien, el estudio del Centro de Investigaciones Agrarias tiene, sin duda, para cada una de las anteriores interrogantes, una multitud de respuestas que configuran un punto de vista, o mejor aún, toda una corriente acerca de lo que son y el papel histórico que deben cumplir el agrarismo y la reforma agraria mexicanos, en su carácter de producto inmediato de la triunfante revolución mexicana y que se gestan con las rebeliones indígenas durante la Colonia, prosiguen con las revindicaciones agrarias de los caudillos insurgentes y reformistas, pasan por la Ley Agraria del 6 de enero de 1915 y culminan con el triunfo de los constitucionalistas en 1916-17.


Repaso microfundista: pivote del neocolonialismo

"Si por reforma agraria —dice nuestro autor—, se entiende el proceso de redistribución de la tierra entre la población rural, las cifras... [refiere el reparto de 1930 a 1960] demostran el ritmo decreciente con que se ha llevado a cabo en México a partir de 1940". Y agregan que: "Desde inicios de la Reforma Agraria Mexicana, se estableció un postulado que quedó implícito en la mayoría de los programas agrarios: la tierra a quien la trabaja. Es decir, el sólo hecho de tener como actividad principal la agricultura, creaba el derecho de aspirar al otorgamiento de una parcela de tierra donde aplicar su trabajo y derivar un sustento".16

Pero, contra lo que postulan los investigadores del caso, la reforma agraria mexicana no fue concebida en su origen como el simple y convencional reparto de la tierra más o menos a la manera que lo viene haciendo los sucesivos gobiernos desde 1940. El atribuir al solo reparto la equivalencia de reforma y reducir su contenido al interés de dar al campesino sólo lo suficiente para vivir lo que se ha de comer, es minimizar el sentido con que vuelve a hacer explotación por conducto de Zapata el avaricioso mexicano, conservando más o menos en su esencia hasta 1962 por Rubén Jaramillo.

12 "La estructura agraria actual de México es sólo en parte el resultado de la reforma agraria iniciada a raíz de la revolución de 1910. En buena parte... es también el resultado de toda la historia de México desde épocas prefespañolas... Es indudable que el producto más tangible de la revolución de 1910 ha sido la Reforma Agraria y el principal resultado de ésta ha sido la redistribución de la tierra. Tomo I, cap. 1, pp. 1 y 2.
14 Ibid., p. 100. (Cursivas nuestras),
Como dice Marte R. Gómez, Zapata "quería las tierras para sus conciudadanos... él sabía lo que su pueblo había perdido; sabía cómo lo había perdido... Entonces quería que las tierras regresaran a sus legítimos dueños". [Desde la Colonia los monarcas españoles] "... trataron de que los indígenas mexicanos tuvieran tierra que les fuera propia, cuyo cultivo les permitiera vivir y que les diere, [no sólo el sustento sino], además, una base de estabilidad económica y de tranquilidad social". Por ello, "... la ley del 6 de enero de 1913 puso más énfasis en la restitución que en la dotación de tierras. Se consideraba que los pueblos que habían sido despojados de sus tierras... podían presentarse a reclamar lo que era de ellos".

Todavía en 1938, Jaramillo afirmaba que si para los extranjeros el cultivo y la industria de la caña había sido negocio, por qué para los campesinos no habría de serlo, y los invitaba a que se convencieran de que la reforma agraria había sido concebida para algo más que mantener a los campesinos en la secular condición de miseria. He ahí el más rotundo mensí a la corriente gastronómica del agrarismo mexicano.

¿Es la reforma agraria, como se sostiene en el capítulo primero, el resultado de una larga lucha entre la propiedad comunial y la propiedad individual? o más aún, ¿es un conflicto entre la gran hacienda y el minifundio privado? En los párrafos que preceden hay un principio de respuesta. A nuestro juicio sustentar el punto de vista de la existencia de tales conflictos, es justificar la degeneración política y técnica que se le ha infundido a la reforma agraria, trayéndola a la más antigua de atomización no tanto de la tierra, como de sus formas de explotación. En todo caso se trata no de una lucha, sino de una agresión arrea a la propiedad de las comunidades indígenas que no nace, por cierto, con la reforma agraria.

La abolición de la propiedad comunial tiene en México viejas raíces.

---

20 Cuando el general Cárdenas informó a Jaramillo que el sucesor a la presidencia de la república "era Ávila Camacho, Jaramillo le replicó: "No simpatico con los Ávila Camacho porque su historia en el estado de Puebla es dudosa en lo que respecta a la ideología revolucionaria, por medio de la cual de nosotros que nuestro pueblo mide de todos sus atacías". Ibid., p. 39.
21 Cortivas nuestras. Convierve ver el ideario político de R. Jaramillo en las páginas 165-167 del mismo volumen.
22 Véase la p. 7.

---

23 Véase el tomo 1, capítulo 1, pp. 8-9.
La polarización entre los muchos miserables y los pocos opulentos "del campo", para decirlo en las palabras de los autores, corresponde precisamente a la estructura de clases de la sociedad mexicana, frente a la política de clase en que se resume la reforma agraria.

Aun respetando la nomenclatura que se utiliza en el texto para denominar a los predios de diferente tamaño y condición económica, se ve con claridad que mientras los llamados de infraasistencia, y subfamiliares descendieron del 39.9 al 34.0 por ciento de la superficie de labor total del país, los llamados eufemísticamente multifamiliares medianos y grandes ascendieron del 35.5 al 45.1 por ciento sólo de 1950 a 1966. A nadie que haya estado en contacto con el campo mexicano en los últimos años, escapa que el fenómeno corresponde propiamente a una acelerada concentración de la tierra de labor en manos de unos cuantos magnates "rurales", que utilizan la nómina familiar para disfrutar los nuevos latifundios.

Para tener una idea de la magnitud del fenómeno, basta tener en cuenta que en los 10 años de referencia se repartieron alrededor de 11 millones de hectáreas entre casi 400 mil campesinos y que, no obstante ello, los predios llamados de infraasistencia y subfamiliares descendieron de 86.9 al 78.9 por ciento del total de predios, mientras los "multifamiliares" ascendieron del 14.1 al 4.5 por ciento.

Por otra parte, la asignación de los recursos productivos disponibles para la agricultura ha estado sujeta a una política pública y privada cuyas prioridades corresponden al beneficio directo del sector que tiene reasignando la tierra; y cabría señalar aquí, que las cifras anteriores revelan que la recomposición de la tierra de labor ha marchado de manera más acelerada que el simple reparto; pero para entrar en más detalles, podríamos quedarnos con hechos tales como el consistente en que conflictos de canalizar volúmenes de capital proporcionalmente crecientes al ejido y a la pequeña propiedad, como correspondiera a una reforma agraria integral tal como pretendemos entenderla los sectores oficial y oficioso, desde el propio sector público se ha alentado y aun decretado la extracción del crédito enajenándolo en favor de lo que ahora se ha dado en llamar neolatifundismo financiero, cuando no en beneficio directo del comercio. De la misma manera, los "variables que favorecen la concentración de todos los recursos agrarios" (véase la p. 290).

Véase el Capítulo III, p. 294.

Véase el capítulo I, p. 86.

Y como se menciona en el capítulo XI del estudio en cuestión, el Banco de México al principio dio la mayor importancia al crédito agrícola, pero en el transcurso de la reforma agraria fue descentralizando el manejo de los recursos.
38

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

maraña podría pasar revista al acaparamiento y a la malversación de los recursos hídricos legalmente destinados al ejido y a la auténtica pequeña propiedad.

El desarrollo capitalista: ¿problema demográfico?

Como puede apreciarse, el problema no radica en una inadecuada transferencia demográfica del campo a las áreas y actividades urbanas. Por una parte el proceso de desarrollo agrícola de México arranca de niveles tan bajos que hasta 1970 cualquier dosis adicional de capital en el campo, no ha resultado sino en inusuales crecientes de fuerza de trabajo; por otra, los desplazamientos hacia las áreas urbanas no han sido suficientes para deprimir considerablemente el crecimiento de la población rural y, por último, la destrucción del ejido por la vía del arrendamiento, la compra o la invasión, ha hecho que el promedio de efectivos por predio lejos de disminuir haya crecido de 1.59 a 2.27 de 1940 a 1960, como corresponde a una creciente proletarización rural resultante del divorcio irreversible entre la población y la propiedad territorial, en el contexto de un notable raquítico de las tasas de formación de empleo no agrícola.28

¿Y por qué tendría el agro mexicano que liberar fuerza de trabajo en las dosis que señala una norma teórica despegada de la realidad mexicana? Las únicas normas teóricas científicamente válidas son aquellas que se desprenden de la experiencia histórica; y en la expe-

riencia mexicana el factor fundamental del desarrollo del capitalismo en el campo ha sido la más fecor explotación de la población econó-micamente activa rural que va desde el sentido pejorativo del agrarismo oficial hasta la sustracción y la reconcentración violenta de la tierra y el agua necesaria para regarlo, pasando por el mantenimiento de una tasa de plusvalía del orden del 170 por ciento, impuesta a una fuerza de trabajo campesina que se duplicó en el transcurso de la desposesión de la tierra registrada entre 1940 y 1965.

SECTOR AGRÍCOLA: APORTACIÓN DE LOS FACTORES AL VALOR DEL PRODUCTO Y TASAS DE PLUSVALÍA*

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años</th>
<th>1940</th>
<th>1950</th>
<th>1960-65</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Factores</td>
<td>%</td>
<td>%</td>
<td>%</td>
</tr>
<tr>
<td>Tierra</td>
<td>17.3</td>
<td>21.3</td>
<td>17.0</td>
</tr>
<tr>
<td>Trabajo</td>
<td>74.0</td>
<td>72.7</td>
<td>71.5</td>
</tr>
<tr>
<td>Capital</td>
<td>8.7</td>
<td>6.0</td>
<td>11.5</td>
</tr>
<tr>
<td>Tasas de plusvalía</td>
<td>171.3</td>
<td>158.7</td>
<td>169.9</td>
</tr>
</tbody>
</table>

* Datos calculados por el autor del presente trabajo a partir de las cifras arrojadas por los Censos Económicos Nacionales de los años respectivos.

En el libro se sostiene que el papel que el desarrollo capitalista asignó al sector agrícola, que consiste en liberar la mano de obra reper-

-


21 Véase el tomo I, capítulo IV, p. 574.
Pero es que lo que no se quiere, ni se puede hacer entender en el libro, es la diferencia que existe entre la simple despoblación del agro y la transferencia de fuerza de trabajo a los sectores no agrícolas, que no tienen por qué permanecer acuclillados en las áreas urbanas. Y existe una diferencia fundamental entre postular que la aportación que deben hacer los sectores secundario y terciario al desarrollo agrícola consiste en absorber contingentes crecientes de mano de obra, y entender que el producto del sector primario debe industrializarse y comercializarse en el campo como condición para propiciar el desarrollo agrícola, para lograr la distensión social y posponer la fricción política. Sólo postpondría porque industrializar, comercializar y dotar de servicios al campo, en las condiciones del subdesarrollo mexicano, entraña no sólo derramar recursos y ecosistemas sobre el agro, sino, fundamentalmente, romper con las formas de explotación prevalecientes en el agro mismo; pasar de la convivencia entre el neolejugal y del neototalitario a la explotación racional, colectiva, de la tierra, y esto, en un país encadenado a los intereses del imperialismo, no puede hacerse sin fricción política.

Y contra la tesis que postulan los autores de *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, la solución al problema del campo sí está en el campo pero, como puede advertirse, no se trata de una solución técnica, tan antihistórica como suponer que en reciprocidad al aporte de mano de obra del sector agrícola, los sectores industrial, comercial y de servicios deberán contribuir al desarrollo del primero. La solución será política: el capitalismo se manifiesta con la convivencia del desarrollo y el subdesarrollo y puede ser predominantemente subdesarrollado como en el caso de México, pero no reversible; precisamente, una de sus leyes invariables es la sucesión de recursos y excedentes del sector primario hacia el resto de los sectores, hasta el límite que tolera la explotación, la miseria y la voluntad de las masas campesinas de acabar con ambas.